

La estudiosidad y la vida espiritual



© Dr. Alberto Caturelli

Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

Artículo publicado por *Sapientia* (1987, vol. XLII, pp.167-176), que ha autorizado expresamente su reproducción.

*A Mons. Dr. Octavio Nicolás
Derisi, homenaje a su ejemplar
estudiosidad y caridad cristiana,
en sus fecundos ochenta años de
vida.*

I

EL ESTUDIO Y EL APETITO DE CONOCER

En el antiguo Convento de San Marco, en Florencia, se expone la bellísima Crucifixión del Beato Angélico. Al pie de la Cruz de la que pende el Señor franqueado por los ladrones, están María, San Juan, los demás Apóstoles; en segunda fila, encabezados por Santo Domingo, santos de rodillas y, en pie, el primero del extremo derecho del observador, Santo Tomás de Aquino. Observado en detalle, fra Angélico ha impreso, en el rostro lleno del Aquinate, una expresión abstraída, con el ceño levemente fruncido y los ojos contemplando a Jesucristo, el Divino Maestro. La totalidad del rostro trasunta una indefinida claridad y, sobre el celeste ceniza del hábito, un gran diamante que simboliza la luz con la que iluminó la Iglesia.

En Santo Tomás, toda su naturaleza, curada y elevada por la gracia, mira hacia la Verdad crucificada. En la reconcentrada expresión de sus ojos, toda la acción (que era, en él, enseñanza y predicación) es asumida por la visión contemplativa orientada hacia el foco de la Verdad pendiente del Madero. El meditador y el místico, el filósofo y el teólogo, constituyen una unidad inescindible en el acto supremo de la contemplación. Por eso, el conocimiento debe distinguirse de su fin puesto que el movimiento racional del espíritu que procura la verdad, no es propiamente la verdad. Más aun: Así como el apetito sensible es atraído por el bien sensible, análogamente el apetito de conocer es atraído por la verdad, pero bajo la formalidad de bien. Tensión, pues, hacia la verdad (también como bien); por eso, una vez poseída, como decía San Agustín, produce en el alma el gozo de la verdad (*beata vita... est gaudium de veritate*).^{1[1]} De ahí que Santo Tomás, al considerar el impulso de la naturaleza humana hacia el conocimiento, inmediatamente comprendiera que es menester una virtud moral que lo regule en orden al fin último, igualmente alejada de la negligencia y de la vana curiosidad. Esta es, por eso, la virtud del pensador y, especialmente, del pensador cristiano que, como tal, *mira* y debe mirar hacia la Verdad vivificante. La estudiosidad no es, pues, una virtud intelectual (como la ciencia) ordenada a la búsqueda y contemplación de la verdad, sino virtud moral que tiene por objeto el apetito de conocer o, si se prefiere, el conocimiento.

En tal caso, se refiere al acto de aplicación vehemente de la mente a algo,^{2[2]} que es el acto

propio del estudio. Santo Tomás emplea el término en su sentido preciso (*vehementem applicationem mentis ad aliquid*) puesto que el verbo *studeo* (del griego *stoudéō*) significa estudiar, esto es, aplicarse a, ocuparse seriamente de, entregarse a, trabajar con empeño; de ahí que, en nuestra lengua sea también diligencia, celo, ardor, tal como lo empleaban los primeros escritores castellanos.^{3[3]} San Agustín anticipaba, precisamente, que el alma estudiosa sufre el ansia de saber lo que ignora, pero que, en general, preconoce.^{4[4]} Semejante ansia, ardor o “vehemente aplicación” a *algo* no puede hacerse sino mediante el *conocimiento* de ello (de tal cosa); pero la primera aplicación se refiere, ante todo, al conocimiento mismo y, por ello, sostiene Santo Tomás, “la estudiosidad se dice propiamente del conocimiento”; es decir, es la materia propia de la estudiosidad y, como tal, se opone a una cierta pasión desordenada por el conocimiento como conocimiento; o lo que es lo mismo, pasión no por la verdad sino por el deleite del mero conocer transformado en fin de sí mismo.

Por consiguiente, así como los deseos y placeres proporcionados por el sentido (que permiten gozar de bienes deleitables en su orden) constituyen el objeto de la templanza,^{5[5]} de análogo modo, el estudio o vehemente aplicación de la mente a algo (ni negligencia ni vana curiosidad que son sus extremos) es regulado por la virtud moral de la estudiosidad la que es, así, parte potencial de la templanza.^{6[6]} Dicho de otro modo, mientras la templanza tiene por objeto moderar el movimiento del apetito por el *placer sensible*, la estudiosidad modera el movimiento del espíritu por el *placer de conocer*. Empleo algo impropriamente el término “placer” de conocer para poner de relieve que el *gozo* de conocer, que se sigue de la posesión de la verdad (sólo me refiero ahora a una verdad participada) deja de ser legítimo cuando, siendo efecto propio de la visión de la verdad, se lo procura *por él mismo*, sin la verdad poseída que es su causa. La estudiosidad, pues, es parte potencial de la templanza; pero también está comprendida bajo la modestia porque el estudioso debe moderar el movimiento del espíritu hacia la propia excelencia (recuérdese que San Agustín decía de sí mismo que era *nada* ante Dios), el mismo deseo de conocer, que puede ser inextinguible, pero no debe ser *mero* deseo de conocer y hasta la misma alegría personal y los gestos exteriores que son signos de la vida interior.^{7[7]} No en vano Santo Tomás recomendó al hermano Juan: “Muéstrate amable con todos”.^{8[8]}

Obsérvese que actúa aquí una distinción sutil pero precisa: Mirado bajo la razón de bien, el conocimiento implica un doble bien, sea que nos refiramos al acto mismo *de conocer* o al acto *del apetito*; en el primer caso, porque consiste en la verdad contenida en el juicio, pertenece a las virtudes intelectuales; en el segundo (que es el que nos interesa) pertenece a la estudiosidad pues mira hacia la recta voluntad de aplicar la potencia cognoscitiva a un objeto, es decir, a la verdad objetiva por amor a la verdad y solamente por eso ^{9[9]}. Por un lado, el apetito de conocer corre el

peligro de perseguirse a sí mismo, por así decir, desenfrenado tras el mero gozo de conocer; la estudiosidad lo refrena; por otro lado, mis vacilaciones, mis limitaciones físicas dependientes de mi complejión corporal, mi tendencia al menor esfuerzo, obnubilan el ánimo arrastrándolo hacia la negligencia y el abandono. La estudiosidad supera estos obstáculos y azuza el ánimo. Quienes han pasado su vida entregados al estudio por amor a la Verdad, saben bien, en los dos casos, cuánto dolor y sufrimiento deben padecer y cuánto gozo simultáneo va acompañando esta “vehemente aplicación de la mente” a la verdad. El Beato Angélico, en su retrato del Doctor Común, parecería haber pensado en esta *vehementem applicationem mentis ad aliquid*, trasuntada en el seño severo y el mentón rotundo, en la atención sin concesiones a la distracción, en el fuego de los ojos oscuros, pero todo dulcificado en la totalidad del rostro por la secreta alegría de la luz.

II

LA CURIOSIDAD Y EL DESDEN POR LA VERDAD

La investigación o persecución de la verdad por medio de la aplicación de la mente a lo dado (al ser) supone, desde el movimiento inicial, la moderación y disciplina del apetito de conocer para que no se extravíe; es decir, para que el gozo o fruición del mero conocer, o la utilización de lo sabido contra la recta razón, no se vuelva contra la misma naturaleza del espíritu ordenada a la verdad del ser. En tal caso, se trataría del afán de conocer que, vuelto sobre sí mismo, convertiría el apetito de conocer en apetito de *sí mismo*, en gozo de sí contra-natura desde que sería un apetito de conocer’ sin la verdad. Me animaría a decir que éste ha sido el pecado del inmanentismo moderno que, al condenar al pensamiento a la clausura de sí mismo y a la creciente absolutización del *mero* conocer, ha roto con la verdad; como advertía Mons. Derisi en sus escritos juveniles, “semejante ruptura y separación violenta y *contra naturam* de las facultades humanas respecto a su objeto, condena por anticipado a la filosofía moderna a la esterilidad y contradicción permanente”.10[10]

En el orden moral en el que he colocado el tema, esto supone no sólo el extravío gnoseológico-metafísico, sino la sustitución de la estudiosidad por el suero cuidado a afán de la búsqueda *sin* el amor por la verdad. Precisamente de esta actitud surge el significado de la curiosidad como vicio opuesto a la virtud de la estudiosidad y tal es el sentido que Santo Tomás le confiere: “curiositas, quae a ‘cura’ dicitur”. 11[11] En efecto, dejando de lado algunos significados inocentes del término, *curiosus* proviene de *cura* o cuidado y, a su vez, de *quaerere* que es buscar o afanarse por algo; también es molestia, solicitud, aflicción; en nuestro caso, el apetito de conocer se cuida de sí mismo y, por eso, es siempre concomitante con la indiferencia y el desapego, cuando no el menosprecio por la verdad; tal es el sentido preciso del término *desdén*. Pues de eso se trata, ya que la vana curiosidad desdeña la verdad del ser desde que sólo se mira a sí misma. Es, pues, contraria a la dignidad de la verdad (y en el fondo del hombre desde que la verdad intencionalmente se muestra en el hombre); de ahí el desdén, expresión que proviene de *dedignor (ari)* como deponente de *dignor* cuyo significado es, precisamente, desdeñar algo como indigno. La curiosidad, por tanto, como enseñaba San Agustín en texto también meditado por el Angélico, es una suerte de sutil y más profunda concupiscencia: “además de la concupiscencia de la carne, que radica en la delectación de todos los sentidos y voluptuosidades..., hay una vana y curiosa concupiscencia, paliada con el nombre de conocimiento y ciencia, que radica en el alma a través de los mismos sentidos del cuerpo, y que consiste no en deleitarse en la carne, sino en experimentar cosas por la carne. La cual (curiosidad), como radica en el apetito de conocer y los ojos ocupan el primer puesto entre los

sentidos en orden a conocer, es llamada en el lenguaje divino ‘concupiscencia de los ojos’”. El claro simbolismo de los ojos pone en evidencia que, así como todo lo que se experimenta por los demás sentidos es denominado “concupiscencia de los ojos”, de análogo modo “todos los demás sentidos usurpan por semejanza el oficio de ver... cuando tratan de conocer algo”.¹²[12] No existe sólo la concupiscencia de los sentidos, sino también la concupiscencia del espíritu (los ojos del alma) que procura el deleite del mero conocer como inmanente a sí mismo. San Agustín no duda en designar este deleite indebido como *morbo cupiditatis*, es decir, como deseo insano.¹³[13] Y este *morbus* supone, siempre, el desdén por la verdad.

La oposición estudiosidad-curiosidad, vale, por tanto, para todos los grados del conocimiento humano, comenzando por el conocimiento sensible y terminando por el más alto conocimiento metafísico. El conocimiento sensible se ordena al conocimiento intelectual, ya especulativo, ya práctico; por eso, desde el punto de vista moral, no es indiferente el conocer de los sentidos que puede ser vicioso por dos motivos: Porque, por se, no se ordena a algo útil y, como tal debe entenderse ordenado al *bonum* y al fin último; colocaría aquí todos los “sabores” meramente frívolos des-interesados de la verdad y, por tanto des-ordenados; pero, sobre todo, si tal conocer sensible, legítimo en sí mismo, se ordena a un fin nocivo, moralmente malo, como, por ejemplo, mirar a una mujer deseándola.¹⁴[14] En cambio, cuando el conocer sensible se ordena para mantener y perfeccionar la vida, o lograr mayor perfección del mismo conocimiento intelectual, es virtuoso y cae bajo la virtud de la estudiosidad. De modo que podríamos concluir que todos los saberes, desde el más inviscerado en la materia y en la utilidad inmediata, debe ser regulado por la estudiosidad para que no procure el mero placer de sí mismo y, menos aún, para que no se clausure en la inmanencia de sus propios límites.

Así se explica que Santo Tomás considere que el objeto propio de la curiosidad sea “*ea quae ad carnem pertinent, ratione eorum quae. ad cognitionem pertinent*”;¹⁵[15] es decir, aquellas cosas que son propias de la carne (en el sentido de concupiscencia ya de los sentidos, ya del alma) desde el punto de vista del conocimiento. De donde se sigue, precisamente, que su objeto, como ya dije, no es propiamente el conocimiento sino el *apetito de* conocer, en sí mismo. Mientras el conocimiento de la verdad es siempre bueno, aunque, en concreto y circunstancialmente, pueda derivar en algo malo como podría ser el ensoberbecimiento personal, el apetito de conocer, bueno cuando se ordena a la verdad y sólo a ella, puede ser doblemente malo: Ya sea porque se agrega algo malo al conocer haciendo de éste un fin para sí mismo, lo cual es contrario a su naturaleza, ya sea cuando se “estudia” perversamente para pecar, es decir, en busca de un fin malo, como, por ejemplo, estudiar concienzudamente finanzas para robar mejor.

En el cuerpo del artículo 1º de la cuestión 167 sobre la curiosidad, el análisis alcanza sus últimas consecuencias cuando se enumeran los cuatro motivos por los cuales puede ser vicioso el apetito de conocer: a) Cuando por estudiar temas menos útiles, *descuidamos lo necesario*. Aunque la afirmación hace una referencia a una epístola de San Jerónimo, es evidente que este descuido de lo necesario incluye lo que, hoy, hemos de llamar la frivolidad, típica de nuestra época sofisticada que se ocupa de todo sin comprometerse con nada pues huye, sistemáticamente, de lo único necesario. b) También es vicioso el apetito de conocer cuando uno se esfuerza en aprender de un “maestro” al

que no es lícito escuchar, ya se trate de los pseudo-sabios que adivinan el futuro en el orden empírico, no solamente los adivinos de la Edad Media sino ciertos “futurólogos” de hoy; pero, por sobre todo, hemos de huir como de la peste de los pseudo-maestros que, hoy, expanden su “imagen” por el mundo. Casi diría que los medios a los cuales denomino “medios masivos de *incomunicación social*”, solamente canalizan el “pensamiento” de pseudo-maestros y sofistas que han envenenado el espíritu de una inmensa cantidad de nuestros contemporáneos. c) Cuando nos esforzamos en conocer la verdad acerca de las creaturas *sin ordenar a Dios este conocimiento*. Es como pretender conocerlo todo *sin* su Causa suprema, sin Aquel que confiere sentido al conocimiento humano. Tal es el pecado esencial del inmanentismo contemporáneo. Un buen ejemplo de esta frivolidad talentosa es ese libro de Paul Sagan sobre el *Cosmos* lleno de sugerencias superficiales y de un ateísmo de fondo ya que nos presenta un cosmos sin Dios (ateísmo cósmico); dígame lo mismo de la ciencia empírica absolutizada en sí misma y de cierta filosofía que pretende considerarlo todo sin hacerse cuestión de nada desde que ha relegado a los entes metafísicos y, sobre todo a Dios, al desván de las imaginaciones donde deben arrojarse tales cosas que se evaden del “principio de verificación” empírica. d) Cuando nos empeñamos en conocer lo que supera nuestra capacidad. Santo Tomás recuerda aquí aquel texto del Eclesiástico (3,22) en el cual se dice: “No busques lo que es sobre tu capacidad, ni escudriñes aquellas cosas que exceden tus fuerzas; sino piensa siempre en lo que te tiene mandado Dios, y no seas curioso de sus muchas obras”. Aunque el sentido inmediato de este texto, como lo pone de relieve el P. García Cordero, se dirige probablemente a ciertas especulaciones de la filosofía griega y, sobre todo, a la gnosis para el conocimiento e iniciación de ciertos misterios, 16[16] por extensión puede aplicarse —como hace Santo Tomás— a la persecución de todo conocimiento con espíritu de presunción y que, por eso, se aboca desordenadamente a la pretensión de conocer lo que supera la mera capacidad de nuestro espíritu; y aún más: cuando, sin la preparación y formación debidas pretendemos ir (ahora sin seriedad) más allá de nuestras propias posibilidades. En Santo Tomás, tiene también el sentido de un llamado a la más estricta modestia y humildad en el acto mismo del estudio. Quizás por eso, fue este el último de los consejos que dio al hermano Juan sobre el modo de estudiar: “No investigues las cosas que te exceden” 17[17]

III

LA ESTUDIOSIDAD Y EL CRECIMIENTO DE LA VIDA INTERIOR

El *quaerere veritatem agustiniano* que concluye su movimiento en el final *gaudium de veritate*, implica la distinción entre el buscar en el tiempo y la Verdad allende el tiempo aunque vaya mostrándose en el tiempo. La moralidad del buscar, que equivale a la investigación y al estudio, mira hacia la Verdad bajo su formalidad de bien. En este sentido, la estudiosidad tomista es moderación del apetito de conocer en el tiempo de la vida y mira hacia la posesión y fruición final de la Verdad absoluta. De ahí que, no ya tanto desde el punto de vista especulativo sino práctico-moral, la persecución de la verdad en el tiempo implique exigencias ineludibles y la necesidad de un hábito operativo bueno, una cualidad específica que dirija el apetito de conocer y su gozo propio a la verdad. En cada ser por participación (puesto que todo lo verdadero es verdadero por la participación de la Verdad) puede decirse que la Verdad *se dona* al estudioso; de ahí que el acto del estudio como “vehemente aplicación de la mente a algo” sea, a la vez, entrega cotidiana, en cada acto del apetito de conocer, de la persona total del estudioso. Olvido de sí en la verdad e insuficiente

frucción del apetito de conocer únicamente saciado en la posesión de la Verdad absoluta. Si bien se mira, la virtud de la estudiosidad impulsa al hombre a reconocer, de modo creciente, que siendo la ciencia divina *creadora* de los entes, la pobre ciencia humana que él adquiere auxiliado por la estudiosidad, sólo es posible porque *previamente* existen los entes por modo de participación. De ahí que la moderación del apetito de conocer sea, primeramente y ante todo, este re-conocimiento del ser como donado y de nuestra ciencia posible como remota y pálida participación de la ciencia divina a la que re-conoce en cada acto finito del estudio y la meditación.

La misma estructura del conocimiento humano lleva implícita la necesidad moral de aquel reconocimiento que es radical humildad de la ciencia humana. Al referirse al carácter intencional del conocimiento, Mons. Derisi no ha dudado en llamarle “maravilla” porque, “cuando conocemos... una realidad que no somos comienza a estar presente conscientemente en nosotros” como distinta de mí y como trascendente a mí.¹⁸[18] Precisamente en cada acto de conocer (que responde al apetito de conocer) se produce esta maravilla gozosa y, a la vez, implica la exigencia moral de ordenarla a la verdad y solamente a la verdad. Sólo así es legítimo el gozo o fruición del conocimiento intelectual. Más aún: Cuando el apetito de conocer goza de su objeto, éste, que es siempre el ser, en la inteligencia es *palabra* o, como decía San Agustín, *verbo interior*. Esta palabra, de nuevo con Mons. Derisi, es, en el hombre, palabra “dicha”, activa, “en cuyo acto acoge el nombre o palabra dicha en las cosas y la de-vela o confiere acto a su verdad”. Semejante verbo “escucha y des-cubre el nombre o palabra dicha de los entes y lo pronuncia y expresa”¹⁹[19] Así comprende que ninguna verdad finita podrá saciar el apetito de conocer y, a la vez, le servirá como de momento temporal en la persecución de la única Verdad en la que el apetito de conocer logrará la fruición plena del mismo conocer. Pero ni siquiera en este Instante el gozo será su fin propio, sino la Verdad subsistente y el gozo solamente el efecto de su posesión.

Ya se ve que la virtud de la estudiosidad supone la contemplación en el tiempo y se mueve hacia la contemplación final absoluta. La acción es siempre intermedia entre la primera y confusa presencia del ser y la contemplación final; precisamente la curiosidad, que es inmanentista, desdeña la Verdad en cuanto hace volver al apetito de conocer sobre sí mismo: Hace de la razón una suerte de impulso de autosuficiencia en la cual, como nuevo Narciso, es la fuente donde se refleja y es el mismo Narciso. La curiosidad inmanentista se autofunda y, precisamente por ello, se queda sin Fundamento, girando sobre sí misma en la misma producción de su objeto; de ahí que la razón inmanentista se haya vuelto *activa* y no sea más contemplativa. La estudiosidad es, pues, radicalmente contemplativa y subordina la acción; la curiosidad es activa y subordina o aniquila la contemplación precisamente porque desdeña la verdad.

La estudiosidad, en virtud de su fin, es instrumento de crecimiento interior y, en cuanto moderación del apetito de conocer, sabe dejar siempre el “espacio” para lo esencial que es el recogimiento para la meditación y la contemplación. Si el estudio, aunque inicialmente fuese rectamente emprendido, tendiera a absolutizarse en sí mismo, sería una forma sutil de activismo por el cual la estudiosidad perecería. No existe la virtud de la estudiosidad sin el crecimiento del recogimiento y la contemplación desde las cuales surge la creación intelectual. Como sabiamente aconsejaba Sertillanges: “no leáis nunca con perjuicio de vuestro recogimiento; leed únicamente, sin considerar los momentos de distracción, lo que tiene relación con el fin perseguido, y leed poco para que no resulten devorados los momentos de meditación”.²⁰[20] Y esto no contradice ni el

mucho estudio ni la erudición, siempre que ambos dejen libre el ámbito de la contemplación interior en el cual se dona la verdad y crece, como una planta joven, la creación intelectual que devuelve, a la divina Fuente de todo saber, aquello que le pertenece.

El retrato de Santo Tomás, genialmente creado por fra Angélico y que ha servido de pórtico a esta reflexión, sugiere a la perfección esta reconcentración meditativa la que expresa, en los ojos negros y la luz ambiente, el “espacio” de la contemplación. Como resume el Padre Spiazzi, recogiendo la exposición de Guillermo de Tocco, “Acción y contemplación eran para él —para Santo Tomás— los dos momentos de un único ritmo de vida. Orar, meditar, enseñar, predicar, escribir o dictar sus obras, eran para él una secuencia de actos de vida a la vez contemplativa y activa que le permitían dedicarse continuamente al *opus Dei*: no sólo al altar y en el coro con los actos de culto, sino en toda ocupación. Lo importante para él era *no perder un solo instante* y no dejarse distraer de la unión con Dios”.²¹[21] De ahí el consejo al hermano Juan, hoy más actual y apremiante que nunca: “Huye, por sobre todo, del vano activismo”.²²[22]

IV

“UN POCO DE PAJA”

No perder un solo instante. No dejarse distraer de la habitual unión con Dios. No dejarse atrapar por el activismo, la gran tentación de la curiosidad. Es conmovedor leer y meditar las oraciones de Santo Tomás que tan íntima relación tienen con la virtud de la estudiosidad. En la *Oratio ad vitam sapienter instituendam*, comienza diciendo: “Concédeme, oh Dios misericordioso, desear ardientemente, investigar sabiamente, conocer verdaderamente y realizar perfectamente las cosas que te placen a Ti, como alabanza y gloria de tu nombre”. La secuencia *investigar-conocer-realizar* suponen la búsqueda primero, el conocimiento (regulado por la estudiosidad) y que solamente tiene validez en cuanto se orienta a la contemplación y, por fin, la gloria extrínseca de Dios a la cual se dirige todo estudio, toda búsqueda y toda contemplación. Por eso, esta maravillosa oración pide virtudes que deberían adornar siempre al pensador cristiano y que me permito subrayar en el texto: “Vuélveme, oh Señor y Dios mío, *obediente* sin rebelión, *pobre* sin envilecimiento, *casto* sin corruptela, *paciente* sin murmuración, *humilde* sin fingimiento, *alegre* sin disipación, *maduro* sin pesantez, *ágil* sin ligereza, *temeroso de Ti*, sin desesperación, *veraz* sin doblez; *obrador del bien* sin presunción, capaz de corregir al prójimo sin aspereza, de edificarlo con la palabra y el ejemplo sin hipocresía”. Después de implorar un corazón vigilante, noble, recto, firme y libre, da curso no solamente a la inteligencia ávida sino al amor apasionado y dama: “Dadme, oh Señor y Dios mío, un intelecto que te conozca, un amor que te busque, una sabiduría que te encuentre, una conducta que te agrade, una perseverancia que te atienda fielmente, una confianza que al fin te abrace”. ²³[23]

Pero donde el espíritu de estudio, contemplación y acción de Santo Tomás parece alcanzar su expresión más nítida, es en su bellísima oración para antes del estudio. En ella, luego de invocar a Dios Creador, exclama: “Tú, Señor, que eres llamado fuente verdadera de la luz y de la sabiduría y principio supereminente, dignate infundir en las tinieblas de mi entendimiento un rayo de tu

claridad, apartando de mí las dos oscuridades con las que he nacido, a saber, el *pecado* y la *ignorancia*. Tú que haces elocuentes las lenguas de los niños, instruye mi *lengua* y derrama en mis labios la gracia de tu bendición. Dame viveza para *entender*, capacidad para *retener*, facultad y modo para *aprender*; sutileza para *interpretar*, y gracia copiosa para *hablar*. En todas mis obras enséñame a comenzarlas debidamente, dirígeme en la ejecución, y corónalas con un éxito feliz...”.

La búsqueda de la verdad es dolorosa, mezclada de errores y muchas veces ‘vacilante por el reato del pecado y por causa de nuestros pecados actuales; la ignorancia señala, al mismo tiempo, aquel reato, pero también los límites ontológicos del singular que nos imponen el claroscuro de nuestra pobre ciencia. Y ambas instancias exigen el acto propio de la studiosidad y el olvido progresivo de sí mismo. Por eso, a la obediencia, a la pobreza, a la castidad, a la paciencia, a la humildad, a la alegría de la oración por la vida sabia, deben anteponerse como pilares suyos la capacidad de entender, de retener, de aprender y de hablar. Mientras las tres primeras dependen y se orientan a la contemplación, el hablar mira hacia la acción, docente que toma su luz de la contemplación. Lo cual se expresa por medio de la *lengua*, sobre todo cuando ha alcanzado la infancia espiritual (la elocuencia de la lengua de los niños). Santo Tomás sabe que la lengua permite al hombre comunicarse con el prójimo y expresar la alabanza de Dios. Ruega por ella porque también sabe de la ambigüedad de la lengua, sea que por ella bendigamos al Señor y al Padre, sea que por ella maldigamos a los hombres hechos a imagen, y semejanza de Dios (Sant. 3,2-12). La lengua, verdadera espada espiritual (Sal. 57,5), cuando es esgrimida por el justo es plata pura (Prov. 10,20) y revela la verdad del Verbo (Phyl. 2,11). También ruega Santo Tomás para que el Divino Maestro derrame en sus labios la gracia de su bendición, porque los labios son la “entrada” de la boca y del corazón. Y él, que es maestro por modo de participación o de ministerio, espera que sus labios confiesen al Dios vivo (Heb. 13,15) y, por ellos, cuando enseña o predica, se ofrezca la verdad; por eso, como el profeta, niega a Dios la purificación de sus labios (Is. 6,6). Así serán eficaces el entender, el retener, el aprender y el interpretar y sus obras serán debidamente comenzadas, rectamente ejecutadas, coronadas por el único éxito verdadero que es la manifestación de la Verdad del Verbo.

Así, la plenitud de la studiosidad significa, con aparente paradoja, su inconmensurable superación; cuando ha alcanzado el supremo fin, ya en el tiempo de la vida, la misma obra que el pensador cristiano realiza en el tiempo, *es como nada*. Santo Tomás lo sabía muy bien y quizá por eso estaba humanamente preocupado por saber si las especies inteligibles adquiridas en este tiempo (la ciencia que trabajosamente hayamos logrado) se mantendrán en la otra vida. Aunque había sostenido que “el hábito de la ciencia, en cuanto está en el entendimiento, permanece en el alma separada”, 24[24] hubiera querido estar por completo seguro, casi experimentalmente cierto. En 1273, se presentó la oportunidad de saciar su interés, cuando fray Romano, su colega en París, se le apareció en persona en Nápoles después de morir. Por permisión divina se presenta a Tomás y éste le dice: “Ya que así place a Dios, en su nombre te pido que respondas a algunas preguntas”. La primera fue: “¿Qué será de mí? ¿Gustan a Dios mis obras?” Respuesta: “Tú estás en buen estado y placen a Dios tus obras”. Y he aquí la pregunta típica del hombre de pensamiento y de estudio: “¿Y qué de aquella cuestión sobre la que tantas veces hemos discutido? ¿Las ciencias que han sido adquiridas en esta vida, permanecerán en la gloria?” Respuesta: *Fray Tomás yo veo a Dios, nada más me preguntes sobre aquella cuestión.* 25[25] Aquí y ahora, es necesario *seguir estudiando*, seguir buscando. Allá *veremos*.

Santo Tomás se quedó sin respuesta. El apetito de conocer, siempre inexhausto, rectamente

ordenado a la suprema Verdad, fracasó en este tiempo. Aquello hacia lo cual apunta la virtud de la estudiosidad está infinitamente mas allá de sus fuerzas y hasta de su misma existencia de virtud. Pero, por gracia especial de Dios, la respuesta a la pregunta típica de la estudiosidad y que él había dirigido a fray Romano, llegó más tarde aunque resultó inexpresable. Después que en el castillo de San Severino, Santo Tomás entrara en éxtasis por largo tiempo, fray Reginaldo le instaba permanentemente a seguir escribiendo las últimas cuestiones de la *Suma*. Y la respuesta era siempre la misma: *No puedo, Reginaldo*.

Tanto insistió y repitió la pregunta: “Maestro, ¿por qué no quieres más escribir?” que obtuvo la respuesta que todos conocemos: “me han sido reveladas tales cosas, y las he visto, que ante ellas todo cuanto he escrito y enseñado me parece algo de ningún valor, un poco de paja”.²⁶[26]

En efecto, *un poco de paja*. Nada más. Sin embargo, la respuesta tiene varios sentidos. El apetito de conocer la verdad es, como la ciencia, temporal. En el mismo Santo Tomás, su resultado fue todo cuanto escribió y enseñó que es, para nosotros, un monumento casi inconmensurable, su máxima gloria que lo elevó a la altísima dignidad de Doctor de la Iglesia. Pero, *después* de la visión de la gloria de Dios —porque estoy convencido que en eso consistió su visión— a la luz de Dios, todo aquello que deslumbraba a nuestro hermano Reginaldo, era como nada: Un poco de paja.

[1] Conf., X, 23,33.

[2] S. Th., II.II, 166,1.

[3] J. COROMINAS, Diccionario critico etimológico de la lengua castellana, vol. II, p. 456, Gredos, Madrid, 1976.

[4] De Trin., X, 1,3 y 2,4.

[5] S. Th., II.II., 141,4.

[6] S. Th., II.II., 166,2.

[7] S. Th., II.II., 160,2.

[8] Epístola exhortatoria De modo studendi ad fratrem Ioannem, 6.

[9] S. Th., II.II., 166,2 ad 2.

[10] Filosofía moderna y filosofía tomista, 2ª ed., vol. 1, p. 10, C.C.C., Guadalupe, Buenos Aires, 1945.

[11] S. Th., II.II., 166,1, dif. 1.

[12] Conf., X, 35,54.

[13] Conf., X, 35,55; también De Vera Rel. 38.

[14] S. Th., II.II., 167,2.

[15] S. Th., II.II., 166,1, ad 2

[16] Profesores de Salamanca, Biblia comentada, vol. IV, BAC, Madrid, 1967, p. 1098.

[17] De modo studendi, 16.

[18] Vida del espíritu, Librería Huemul, Buenos Aires, 1979, p. 57.

[19] La palabra, Emecé, Buenos Aires, 1978, p. 103.

[20] La vida intelectual, Santa Catalina, Buenos Aires, 1942, p. 166.

[21] RAIMONDO SPIAZZI O.P., San Tommaso d'Aquino, Idea, Roma, 1974, p. 304; el sub-rayado es mío.

[22] De modo studendi, 10.

[23] R. SPIAZZI, Op. cit., pp. 307-308.

[24] S. Th., I, 89, 5.

[25] R. SPIAZZI, Op. cit., pp. 336-337.

[26] R. SPIAZZI, Op. cit., p. 356; para más detalles, GUILLELMUS DE TOCCO, Vita S. Thomae Aquinatis, en Fontes vitae S. Thomae, Revue Thomiste, Toulouse, 1911